

CUENTO N° 290

TÍTULO: MI SEÑORITA

SEUDÓNIMO: ESTORNINO

AUTORA: JULIA IVONNE SALINAS SEGURA

Mi Señorita

Estornino

Huaviña es un pueblito escondido en el fondo de un laberinto de cerros de la Quebrada de Tarapacá en la Primera Región y a él se llega por una huella que se desprende de la carretera que une a Huara con Colchane y comienza a descender hacia el interior de ese mundo secreto. Por un caminito angosto de tierra el bus baja serpenteando y haciéndole el quite a los amenazadores barrancos y precipicios. Se va con el corazón en la mano, pero también asombrada de la belleza de las montañas que lucen colores insólitos: todos los verdes, todos los terracotas, amarillos y azulados que se despliegan por los faldones de las montañas y se dejan caer al río. Allá abajo está Huaviña y allá abajo está la Teresita a quien voy a ver. Llego muy temprano y me voy a dejar la mochila a la casa de mi amigo Pedro Castro Pacha, un oriundo del lugar, un agricultor y escritor que en cinco libros ha ido rescatando la historia de su pueblo, las costumbres y los mitos y leyendas. Camino un rato y voy a ver a la Teresita y de lejos la veo, ella ya viene de vuelta del trabajo de su chacra al lado del río. Nos saludamos y entramos a su casa a tomar un tecito, hace frío y me dice que le duelen mucho los huesos y que aún le queda por regar las flores, la ayudo porque riega no solo sus plantitas, sino que las de la calle y de la plaza. La veo tan atareada que decido irme para no ser una molestia y me comprometo a ir con ella a su era al otro día. Me levanto muy temprano y bien abrigada parto a buscarla y ella ya va bajando, le doy alcance y nos vamos a su chacra y no es menor ya que se debe caminar entre matas y arbustos hasta bien cerca del río para llegar a su tierra, el frío es intenso e igual de intensa la pega de desmalezar, ya sea con el rastrillo o arrancar las matas secas con las manos, y la de recolectar las verduras y la de regar. Poco se conversa, el trabajo es trabajo, la escucho respirar y la miro. Me conmueve tanto verla con unas botas de goma, unos pantalones de lanilla, una pintora floreada, una

chaleca gruesa de color verde musgo y un gorro de lana. Le calculo unos 80 años, es alta, encorvada, delgada, sus dedos son largos y su boca es delgada, es una hermosa visión entremedio del verdor, el sonido de los pajaritos mañaneros y el río. Y pensar que esta faena tan ruda la realiza todos los días. Cerca del medio día volvemos y va de lo más campante mientras que yo a su lado voy con el cuerpo todo adolorido. Mientras caminamos por la calle principal me fijo en un cuarto de adobe del que poco queda, me acerco y miro hacia adentro por un hueco que alguna vez fue una ventana, 'esa era la escuela antigua de acá' y luego como si se hubiera ido en el tiempo me dice con cierta melancolía que ella estudió allí.

Me fui a la casa de Pedro y le hablé de la escuela y claro, él también había estudiado ahí. Me dice que antes había muchas familias y muchos niños en este pueblo, pero cuando él estudió ya quedaban 40 chiquillos y chiquillas y que ahora solo había una niña con su profesora en una enorme, hermosa y bien moderna escuela que construyeron los aviadores en las afueras después del terremoto. Me dice que esto es una tragedia porque ya no hay niños, ya no hay familias, y que 'vamos quedando los viejos no más', y es cierto eso, si no hay niños, no hay escuela y el pueblo se va quedando solo. El sonido de la campana le da un ritmo, un latido al lugar. La Teresita había sido una niña y había corrido por las calles junto a otros niños y niñas, en otro tiempo.

Larga y llena de recuerdos fue la tarde en su casa. Ella fue alumna de la profesora Julia Tobar en los años treinta del siglo pasado. Doña Julia era una muy elegante señora, un poco gordita y de piel muy blanca y era oriunda de Santiago, se había venido a hacer

clases a una salitrera y cuando esta fue cerrada la enviaron a la escuelita unidocente de Miñe-Miñe, un pueblito ancestral ubicado al norte de Huara, allá hizo clases un par de años y allá, también, conoció a don Roque Morales Quispe, se enamoró, se casó con él y se lo llevó a Huaviña cuando la nombraron profesora de la escuelita donde se hizo cargo de sus 80 alumnos y alumnas. Ella, que ya tenía su experiencia en todo esto, ni se inmutó al ver que esta era un pequeño cuarto de adobe, con unas rústicas bancas hechas por los pobladores, a donde los niños y niñas iban a 'pata pelá' como dice la Teresita. No había luz, ni había baños a lo cual ya estaba acostumbrada. La quisieron desde el primer momento y eso que era muy estricta, si faltaba algún niño o niña iba a sus casas a buscarlos y si el papá se lo había llevado a trabajar a la chacra, costumbre muy arraigada en las escuelas del mundo rural, partía para allá y quién sabe qué le diría al papá, pero volvía con su chiquillo. No solo eso, se preocupaba mucho del aseo personal 'de todos nosotros', hacía dos filas, una de hombres y la otra de mujeres, y junto a don Roque los revisaban bien revisados: orejas, uñas, pelo y pobre de aquel que no cumpliera con sus estándares de limpieza, los mandaba a lavarse al río 'deben andar limpiecitos' dice la Teresita que les decía. Les enseñaba de todo, desde cómo atender a 'una persona educada', cómo comer, cómo ayudar a sus padres en la casa, cómo tratarse entre ellos y les abrió el mundo a través de las imágenes de las revistas que había traído de Santiago, por los ojitos de los niños y niñas desfilaban aviones, trenes, ciudades inmensas, autos, mar y buques. Las niñas quedaban embelesadas con las imágenes de mujeres con hermosos peinados, vestidos vaporosos, zapatos con tacos, sombreros y carteras, actrices de cine 'qué es el cine, señorita' y ella les iba contando. Los muchachos no podían creer que los hombres vistieran en forma tan distinta a sus papás

y es que a todos les era muy difícil imaginar que existiera ese mundo más allá de sus cerros secos y su río. Hacía hermosas veladas donde los niños y las niñas bailaban, cantaban y recitaban y a las que convocaba a todo el pueblo. Teresita me dice que lo que más les gustaba era cuando salían a pasear, se iban cantando y ella les iba enseñando todo sobre el aire, las nubes, las montañas. 'De todo nos enseñaba mi señorita'.

Doña Julia y don Roque vivían en una pequeña construcción detrás de la escuela, tenían su huerta y un hermoso jardín, no tenían hijos, pero a cambio tenían a estos otros que les daban toda la felicidad del mundo. Una vez al mes, ella bajaba a Iquique a cobrar su sueldo, se iban los dos en un viaje que era una odisea, montados sobre una yegua, con todo el calor de esa zona, sufriendo sobre el animal llegaban al pueblito vecino, Mocha, y ahí se embarcaban en lo que hubiera hasta llegar a Huará y nuevamente depender de la buena voluntad de alguien que los llevara a la ciudad. Tenía temple esta mujer. En Iquique, pienso yo, pasearían tomados del brazo, ella con esos vestidos tan bonitos que tenía y que las niñas de su escuela tocaban porque eran tan suavitos. Irían a tomar onces a algún lugar, caminarían por la playa, compraban lo que necesitaban y no olvidaban a los estudiantes a quienes les llevaban lápices de colores, cuadernos, libros, dulces y galletas.

La vuelta era el mismo viaje que de ida, pero al revés y llenos de bultos más encima. Y de lejos, montados en la yegua, veían a todos los chiquillos esperándolos a la salida del pueblo, quienes corrían bulliciosos a buscarlos y los acompañaban caminando al lado del animal, preguntando mil cosas hasta llegar a la casa. Entonces la ayudaban a bajar los paquetes y ella les entregaba los regalos y les repartía dulces.

“Ella era como una luz que nos iluminaba, sabe’

Una mañana, después de muchos años, llegó don Roque a la sala de clases y no llegó ella, ella que nunca había faltado. Los estudiantes estuvieron toda la tarde sentaditos y en silencio en la puerta de la casa de la señorita. Tampoco llegó al otro día, ni al otro, ni al otro y los niños repitiendo el mismo rito del primer día. Después de una semana apareció nuevamente en la clase, ‘venía igual pero distinta, uno como niño presiente cosas’, me dice que en la sala no volaba una mosca porque nadie quería que ella se afligiera por algo, pasó el tiempo y todo pareció volver a la normalidad, sin embargo, una mañana todos vieron a don Roque subirla a la yegua y partir con ella a Iquique. Los alumnos se fueron caminando detrás, calladitos y triste iban y así mismo volvieron cada uno a sus casas. Teresita ya era una joven y no iba a la escuela, sus años de estudios habían terminado, sin embargo, seguía acompañándola, seguía participando en las actividades que ella organizaba y seguía yendo a los paseos de curso. Nadie supo lo enferma que estaba, ella jamás hubiera permitido que sus estudiantes la escucharan quejarse de algo, que la vieran desarreglada. ¡No!

Murió en Iquique. Los que pudieron fueron al funeral que dicen que fue tan bello y emotivo. Don Roque volvió, estaba muy delgado, muy triste y callado. Siguió viviendo en Huaviña y allá murió. Todo el pueblo fue a su funeral, él también se había ganado el cariño de este pueblo, él había trabajado no solo junto a doña Julia, sino que también, codo a codo, junto a los pobladores en sus chacras, en sus construcciones, en todo lo que podía ayudar.

De repente, la Teresita y yo nos quedamos en silencio por mucho rato, por mi cabeza pasaban imágenes de lo que ella me había contado, estaba muy conmovida y ella tenía la mirada fija en la pared y quién sabe qué estaría pensando, dónde estaría y con quiénes en este viaje a su pasado más lejano. Encendió una vela porque ya había oscurecido, luego encendió otra vela que estaba a los pies de una virgen de yeso y me preguntó si quería acompañarla a rezar el Rosario. Se me hacía un mundo tener que irme y desatarme de ella, volver al hoy. La abracé y cuando abrió la puerta para que yo me fuera, me dijo 'lo peor de todo es que ella no fue enterrada en Huaviña, su pueblo amado, y tampoco al lado de su gran compañero'.

Me fui llorando a la casa de Pedro. Volví a la Quebrada el año 2016 y fui a Huaviña con el propósito de verla, pero ya no estaba, se la habían llevado a Alto Hospicio porque estaba muy enferma, tenía pulmonía. Cuando comencé este relato, me pregunté si habría sido enterrada en su pueblo y llamé a mi amigo Mauricio Salazar para saber de ella y él me dio los números de celular de sus hijas y para mi gran sorpresa me enteré de que ella aún vive y que está acá en Valparaíso.

////////////////////////////////////